

Las campañas culturales de *La vida literaria* a través de la multifacética figura de Glusberg/Espinoza



Melina Di Miro

INDEAL, UBA

melina.dimiro@gmail.com

Resumen

Samuel Glusberg (1898-1987), cuyo pseudónimo privilegiado fue Enrique Espinoza, ha sido un editor, crítico y escritor prolífico en la escena literaria e intelectual de la Argentina durante la década de 1920. Promovió asimismo publicaciones y redes intelectuales que alcanzaron una dimensión americana. *La vida literaria* (1928-1932) fue una de las revistas bajo su dirección en la cual se reunieron y difundieron autores noveles y consagrados de diversas estéticas, y tuvieron eco polémicas centrales de la época. Este artículo analiza la multifacética figura de Samuel Glusberg/Enrique Espinoza entramada en las páginas de *La vida literaria*, donde a través de sus roles de director, crítico, editor y articulista, encarnó, al menos, tres diversas auto-figuraciones discursivas: a) organizador y promotor de un programa americanista b) defensor de una nación sin nacionalismo b) adalid de una “literatura nacional babélica”.

Palabras claves

Samuel Glusberg
La vida literaria
americanismo
literatura nacional

The cultural campaigns of *La vida literaria* through the multifaceted figure of Glusberg/ Espinoza

Abstract

Samuel Glusberg (1898-1987), whose privileged pseudonym was Enrique Espinoza, was a prolific publisher, critic and writer on the literary and intellectual scene of Argentina during the 1920s. He also promoted publications and intellectual networks that reached an American dimension. *La vida literaria* (1928-1932) was one of the magazines under his direction where novel and famous authors of diverse aesthetics were released and central polemics of this period took place. This article analyzes the multifaceted figure of Samuel Glusberg / Enrique Espinoza in *La vida literaria*. There, through his roles as director, critic, editor and writer, he embodied at least three different discursive self-figurations: a) Organizer and promoter of an Americanist program b) defender of a nation without nationalism b) promoter of a “babelic national literature.”

Keywords

Samuel Glusberg
La vida literaria
americanism
national literature

Las revistas culturales fueron una de las protagonistas en el escenario literario e intelectual argentino –y americano– de la década de 1920 y principios de la década

subsiguiente. En un contexto marcado por los ecos de la primera posguerra europea y la Revolución Rusa, la crisis de las elites socio-políticas tradicionales, el cuestionamiento del paradigma positivista y la renovación estética, estas revistas se constituyeron en verdaderos “laboratorio estético-ideológico” con un afán de intervención en su coyuntura actual (Sarlo, 1991: 9-16). Ya sea ligadas a la vanguardia estética, al ámbito de las Reforma Universitaria, e incluso, al pensamiento de izquierdas se encuentra en ellas, con diferentes tonos e inflexiones, el posicionamiento sobre asuntos que ocuparon entonces el centro del campo literario e intelectual. Es a la luz de este clima de la producción revisteril que debe ubicarse el nacimiento de *La vida Literaria. Crítica información bibliografía*.

Esta revista, cuya existencia se extenderá desde julio de 1928 hasta julio de 1932 – completando los 42 números– se presenta con estas palabras introductorias: “Se trata de hacer aquí, en nuestra Buenos Aires, un periódico de especialización literaria, completamente libre. Claro que aprovechando la dura experiencia de los periódicos europeos de igual índole [...]. Pero con espíritu americano, argentino, y sobre todo porteño”.¹ *LVL* buscará ser, mediante la puesta en circulación de artículos, ensayos, poesía y narrativa, el escenario de las novedades en la producción de revistas y obras literarias, en los debates culturales y en el ámbito del cine y la filosofía, así como brindar información relativa a premios, conflictos y lazos de solidaridad entre escritores e intelectuales, centrándose en lo acontecido en la Argentina y en América.

1. “Dos palabras de la Dirección”, Nº 1, 1928.

El nombre de su director, Enrique Espinoza, no es sino el pseudónimo de Samuel Glusberg. Este humilde inmigrante, llegado a la Argentina en 1898 huyendo con su familia de los pogromos rusos, había logrado ser conocido en el mundillo literario, ante todo, por sus emprendimientos editoriales: Ediciones Selectas América. Cuadernos mensuales de Letras y Ciencias (1919-1922), la editorial BABEL y la publicación homónima: *Babel. Revista de Arte y Crítica* (1921-1953). El rol de Glusberg en estos emprendimientos así como también en *LVL* no se reduce a la de un mero empresario. Él no solo financia sus ediciones, sino que diseña a través de ellas políticas culturales anti-utilitarias, redes intelectuales, guías de lectura e incluso promueve discretamente concepciones políticas progresistas. En este sentido, destacando la complejidad de su figura de editor, Beigel y Ferreti y Fuentes lo han considerado como un ejemplo de *editor programático*, Mosqueda como un verdadero “Hombre de letras-editor”, y Delgado y Espósito como un “agente cultural moderno” (Beigel, 2006; Ferreti y Fuentes, 2015:183-206; Mosqueda, 2014; Delgado y Espósito, 2014).

Uno de los sellos permanentes en sus publicaciones es el esfuerzo por sostener su carácter independiente.² En el caso de *LVL* su condición “completamente libre” se reivindica respecto a adhesiones partidarias, instituciones gubernamentales y empresas económicas, pero también respecto de la filiación a una escuela o camarilla literaria. De allí, entre otros motivos, que se distinga de publicaciones como *Claridad* y *Martín Fierro*, vinculadas respectivamente al realismo social y la vanguardia estética, lo que no quita la presencia simultánea de colaboradores, como sucede con Borges (Tarcus, 2002). Tal desapego a doctrinas rígidas le dará a la revista cierto carácter ecléctico que se traduce en la convivencia de diversas orientaciones y generaciones literarias en sus páginas, así como en la ausencia de una actitud parricida hacia autores consagrados como Lugones, Payro y Gerchunoff.³

2. Sobre el antimercantilismo de las empresas de Glusberg, cfr. Ferreti y Fuentes (2015).

3. Tarcus señaló el mismo carácter ecléctico para *Babel*, aclarando además la condición de diálogo fluido entre líneas de pensamiento antitéticas a fines de la década de 1920. Cfr. Tarcus (s/f).

Sin embargo, su carácter plural e independiente no implicaba ni una postura artemurista ni una carencia de apuestas socio-culturales específicas orientadas por Glusberg/Espinoza. Aunque en sus palabras de apertura se afirmaba que sería un periódico de “especialización literaria”, queda claro ya desde la organización de la tapa del número 1, donde un artículo versa sobre la problemática del nacionalismo y otro discute el carácter positivista de Sarmiento, que ello no se traduce en un encierro en

la esfera estética. Si, por una parte, en *LVL* se juzga las obras ante todo por sus rasgos estéticos, por otra parte, se entrama en sus páginas una concepción de la literatura entendida como un discurso necesariamente vinculado con lo social y lo político. Tal es así que los principales proyectos culturales que su director organiza se expanden a esos ámbitos constituyendo un programa tácito y no dogmático de rechazo a todo *-ismo*. Un programa que hunde sus raíces en la lucha por la unión americana, el anticolonialismo y el antirracismo, pero también en la profesionalización de la vida literaria y la constitución de una cultura nacional argentina integradora.

Proponemos en este artículo analizar la multifacética imagen de Samuel Glusberg/ Enrique Espinoza entramada en las páginas de *LVL* como clave de comprensión de las campañas culturales que atraviesan la existencia de la publicación por sobre su eclecticismo y su carácter de tribuna abierta. En este sentido, se detallarán tres diversas autofiguraciones discursivas que a través de sus roles de director, crítico, editor y articulista encarna Samuel Glusberg: a) organizador y promotor de un programa americanista b) defensor de una nación sin nacionalismo b) adalid de una literatura nacional babélica. Dicho análisis nos permitirá observar, por una parte, apuestas culturales de *LVL* vinculadas no solo con la articulación de una red cultural de inflexiones políticas progresistas que involucrara a “ambas Américas”, sino también con el proyecto de elaboración de una identidad nacional y una literatura argentina que integran los elementos de origen inmigratorio. Por otra parte, hará posible especificar los núcleos ideológicos que cohesionan las campañas de *LVL*.

Estas autofiguraciones discursivas exceden la constitución de la imagen del sujeto a través de lo enunciado explícitamente, antes bien su elaboración se liga a una confluencia de prácticas organizativas y escriturarias que remiten a él, aun tácita o indirectamente, tales como las reiteraciones temáticas en la publicación, el tono y la índole de la polémicas, las afinidades exaltadas y los enemigos diseñados. De allí que sean fuentes privilegiadas para este trabajo tanto las notas firmadas por Glusberg/Espinoza o por “La dirección”, y las que integran secciones enteramente a su cargo –como “Notas y notabilidades”⁴, como también la misma organización de la sintaxis de la revista.⁵

Al examinar las auto-figuraciones de Glusberg como modo de acercamiento a *LVL* no desconocemos que las revistas tienden a ser obras colectivas cuyas múltiples voces conformantes poseen sus propios matices y tensiones (cfr. Pluet-Despatin, 1999: 125-136). Sin embargo, en ocasiones, su dirección regula y organiza de un modo tan fuerte y sistemático la política cultural y material del proyecto que es innegable que su ethos o *modo de ser* está intensamente condicionado por ella.⁶ En este sentido, el rol activo y muchas veces solitario de Glusberg en la dirección,⁷ pedido y selección de artículos, compaginación, organización de secciones y de números especiales, distribución, publicidad y financiación, haciéndose cargo a veces de la redacción de secciones enteras hace particularmente útil esta forma de ingresar a la revista. Si en *LVL* hay un núcleo de colaboradores entre quienes se destacan Lugones, Quiroga, Martínez Estrada, L. Franco y Cancela, Glusberg es el alma y sostén de esta estructura de sociabilidad.

Un índice de su presencia desbordante es el desdoblamiento y ocultamiento de su nombre a través de un pseudónimo y de artículos anónimos o enunciados en una primera persona plural con el fin, al parecer, de no saturar con una sola firma la publicación anulando su afán de colectividad. El pseudónimo “Enrique Espinoza” está múltiplemente motivado: en su elección confluyen, filiándolo a distintas tradiciones, los nombres de Baruch Spinoza, Heinrich Heine así como particulares vivencias del autor con sus maestros argentinos: “gracias a un ejemplar de la biblioteca de Lugones, Glusberg conoce al estudioso chileno Enrique Espinoza [...]. Y es para

4. De aquí en más citada como NyN.

5. Sobre la sintaxis de las revistas, Cfr. Sarlo (1991).

6. Sobre el *modo de ser* de una publicación, cfr.: Delgado (2014: 23).

7. Salvo el N° 1, donde J. L. Rosso figura como editor, Espinoza aparece siempre a cargo de la edición y la dirección. Esta última se comparte solo entre el N° 23 (1930) y el N° 32 (1931) con Martínez Estrada y Cancela.

8. Tampoco hay tal lógica en la firma autoral de sus libros de ficción. *La levita gris* recién en la segunda edición se firma con pseudónimo. Solo en el interior de aquellas ficciones donde “Glusberg” y “Espinoza” son personajes hay un principio sistematizador para la alternancia de estos nombres. Cfr. Di Miro (2017).

presentar un artículo sobre Quiroga en *Caras y caretas* [...] que estrena tal seudónimo” (Mizraje, 2010: 115). Sin embargo, la alternancia Espinoza/Glusberg en el interior de *LVL*, no responde sistemáticamente a una lógica de campos culturales-temáticos.⁸ Notas vinculadas al americanismo o a la escena literaria local aparecen con ambas firmas. Por ello, a los fines de este trabajo, se referirán ambos nombres indistintamente.

Glusberg/Espinoza, o el artífice de una apuesta americanista y nacional

Las “Dos palabras de la Dirección” del número inicial de *LVL* lanzan la apuesta fuerte de hacer un periódico con espíritu americano, aunque sin brindar mayores detalles sobre este proyecto. En los sucesivos números, la selección y posición privilegiada de textos de variadas firmas que proclaman la necesidad de la independencia cultural americana clarifican en gran medida los componentes de tal espíritu. Su orientación estará influenciada por el mensaje de unión continental, incluso del Norte y el Sur, que Waldo Frank predicaba por esos años, y por el ideario americanista de José Carlos Mariátegui en cuanto a su impronta progresista y su ruptura con el imaginario arielista. En efecto, desde *LVL* se incentiva ante todo una dimensión cultural del americanismo que, alejándose de la dicotomía geográfica-racial rodoniana entre el espiritualismo del Ariel latino y el materialismo del anglosajón Calibán, busca establecer lazos entre las minorías intelectuales de toda América, sin excluir un acercamiento a los reservorios de “espiritualidad estadounidenses”. Sin embargo, más allá del innegable sello de sus maestros, es ante todo a través del entramado de una serie de prácticas organizativas y escriturarias que tienen a Glusberg/Espinoza como mediador el modo en que el americanismo va realizándose en la publicación con una orientación específica a la vez que la figura de su director surge de ellas como entusiasta promotor de la unión continental.

La más evidente de estas prácticas reside en la organización de una nómina de autores americanos cuyos nombres circulan en *LVL* porque sus colaboraciones fueron requeridas o porque sus producciones se anuncian y/o reseñan. Así, comparten las páginas de la revista: Baldomero Sanín Cano, Alfonso Reyes, Luis Alberto Sánchez, Pedro Henríquez Ureña, Waldo Frank, Mariátegui, Martín Luis Guzmán, José Eustacio Rivera y Alberto Guillen, entre muchos otros. Estos nombres autorales diseñan un mapa virtual de vínculos intelectuales americanos y de núcleos afines de pensamiento y producción artística que reciben un primer grado de articulación en el diálogo tácito entre ellos que posibilita la publicación al hacerlos coincidir en la sintaxis de un mismo espacio textual. En este sentido, la difusión de autores estadounidenses en *LVL*, cuyo N°14 (1929) se dedica especialmente a la literatura de este país, es una concreción de la intención de estrechar lazos entre ambas américas.

Otra de estas prácticas se vincula con la difusión de la producción revisteril de todo el continente. A este fin se destina la sección “Revista de revistas” que, como el mismo Glusberg hace público, se encuentra a su cargo. Allí, al igual que ocasionalmente en “Notas y notabilidades”, se ofrece información sobre números, artículos y actividades de publicaciones tales como *Revista de avance*, *El ideal*, *The New Republic*, *Repertorio Americano*, *Amauta* y *Contemporáneos*. También se reproducen notas de estas revistas que contribuyen a la concientización de una cultura continental o que homenajean autores argentinos celebrados por el propio Glusberg (cfr. Sanín Cano, 1928; Zum Felde, 1929).⁹

9. Y la reproducción de una encuesta de *Revista de avance* sobre el arte común americano en: *Revista de revistas*, N°12, 1929.

En el número 19 de 1930 una carta de Luis Alberto Sánchez al director de *LVL* celebra toda esta tarea de difusión y le agradece que realice de este modo una labor que era

precisa para contrarrestar la influencia en América de Madrid. La publicación de cartas a Glusberg/Espinoza y de notas periodísticas que reconocen su contribución a la cultura de su país y de todo el continente constituye una estrategia para ponderar su labor americanista y legitimarse a sí mismo como un mediador e interlocutor válido en la vida literaria e intelectual de Argentina y América. Pero además, el intercambio epistolar con escritores, periodistas y editores –sea originalmente público o privado– es en sí mismo otra práctica constituyente de americanismo. En estas cartas se comparten novedades y avatares del mundo intelectual y literario, se sociabilizan formas de innovar en materia cultural y se tejen proyectos comunes. En “Correspondencia con pasajeros, pero sin carga”¹⁰ se reproducen, entre otras, una carta a Espinoza de Félix Lizaso, quien lo felicita por el número sobre literatura norteamericana, le expresa las dificultades de *Avance* para hacer algo similar con Argentina, y le promete enviarle material de escritores cubanos, adelantándole un inédito de Martí; y otra del editor Norman Macleod quien le agradece por el envío de *LVL*. No es casual que esta carta se publique en su inglés original: se abona así al ideal de la unidad libre de América en español e inglés que Glusberg promueve bajo la égida de Frank y Sarmiento.

La escritura epistolar vuelve a iluminar el rol activo de Espinoza como promotor de lazos continentales ya que muchas veces, como se cuida de aclarar, él es quien inicia el intercambio. Caso paradigmático es la correspondencia con Frank y con Mariátegui, parcialmente publicada en este último caso en el N° 20 (1930) de *LVL*.¹¹ Entre Frank, Glusberg y Mariátegui hubo una “hermandad en torno a un ideario americanista, antiimperialista y socialista” que excedió *LVL* (Tarcus, 2002), pero en esta revista se da particular realce al primero de estos componentes. Su director subraya los elementos afines de su americanismo: conjuro al arielismo, fe en la unión cultural entre el Norte y el Sur, y rechazo a los extremos del esnobismo europeo y el nativismo excluyente. Así, por sobre las diferencias, pone en diálogo a ambos maestros o bien haciendo coincidir en una página notas de y sobre ellos; o bien publicando artículos de Mariátegui sobre Frank y viceversa o bien conjugando explícitamente sus enseñanzas.¹² Por lo demás, en torno a estas dos figuras giran otras prácticas orientadas a la unión continental: la organización de viajes de intelectuales y de números especiales. Glusberg organiza la gira de conferencias de Frank a la Argentina y media para que, bajo la invitación de Mariátegui, ella se extienda a Perú. Desde el número 10 comienza a prepararse el ambiente de su visita con declaraciones a su favor, y los números 15 y 16 cubrirán las actividades de Frank en la ciudad. Todo ello sin contar la publicación de sus textos en *LVL* y el número sobre literatura norteamericana, coincidente con su arribo. Asimismo, prepara las condiciones del viaje de Mariátegui a la Argentina cuando el régimen de Leguía y su enfermedad lo apremian al exilio. Pero el número 20 dedicado a la literatura peruana, programado para su llegada al país, se transforma en homenaje al amauta debido a su muerte.

Sus tareas organizativas en relación a estos viajes no se desarrollan tan solo tras bambalinas en sus cartas privadas. Glusberg/Espinoza no pierde ocasión en la revista –y en libros posteriores– de destacar su labor e iniciativa y la importancia de estos proyectos para la cultura de su país y del continente.¹³ Pero además, la apropiación celebratoria de las figuras de Mariátegui/Frank es utilizada por Glusberg para demarcar su posición frente a otros proyectos americanistas, incluso a pesar de sus maestros. Así, por ejemplo, en la nota “Un hombre libre: José Carlos Mariátegui” se proclama que *LVL* reconoce al “amauta” como maestro de la juventud de “nuestra América” por su libertad creadora frente a la tiranía de Leguía y al corset de la ortodoxia marxista, diferenciándose de los jóvenes vanguardistas que leen a Alberto Hidalgo, de los intelectuales puros, y “de los turbios universitarios, políticos fracasados, [...] que ahora tratan de salvar su nombre del olvido por medio de arengas universitarias, “raciales” ó socialistas” (op. cit. 16). Asimismo, en su crítica a la revista *Sur* de Victoria Ocampo

10. N° 17, 1929.

11. Glusberg narra cómo los conoció en los siguientes artículos de *LVL* enfatizando su iniciativa en la relación intelectual y fraternal: “Un hombre libre, José Carlos Mariátegui”, N° 17, 1929; “Cómo conocí al Maestro”, N° 41, 1932.12. Cfr.: Revista de revistas, N° 9, 1929; *NyN* y Mariátegui (1929); Frank (1930).13. Cfr.: “Nuestro aniversario”, N° 12, 1929; *NyN*, N° 16, 1929; Espinoza (1932).

por su excesivo europeísmo y su falta de “sentido propio americano”, Espinoza le objeta a su directora, a quien Frank apadrinaba, no seguir la orientación americanista del maestro como lo hacía *LVL*: “más que una revista frankiana, *Sur* nos parece –perdón– una revista Fran.....ciana”.¹⁴

14. “*Sur*, revista trimestral de victoria Ocampo”, N° 28, 1931. Glusberg y Mariátegui fueron parte del proyecto original de la revista, pero desentendimientos ideológicos y de clase llevaron al fracaso el trabajo en común (cfr.: Sitman, 2015; Tarcus, (op. cit. 5).

La admiración por Frank y Mariátegui no oblitera el eclecticismo de la revista, ni el énfasis que su director pone en ciertos aspectos de sus idearios. En este sentido, es fundamental el debate que se articula en *LVL* respecto a cuál debe ser el nombre de la América al sur del Río Bravo. En ello se jugaba el reconocimiento de tradiciones a las cuales ligar o no esta parte del mundo, y continuar o no con la diferenciación racial y cultural de lo latino y lo sajón. Así, mientras por un lado, en los textos de Frank aparecen las denominaciones “nuestra América” e “hispanoamérica” y la lucha de Mariátegui se asocia a la defensa del “indoamericanismo”, por otro lado, Sanin Cano aboga por el nombre de “libreamericanos”, y Lugones por quitar toda adjetivación a América, pues no serían sino formas de vasallaje (Sanín Cano, 1928).¹⁵ En el marco común de voluntad independentista, hay entre las posturas de estos autores tensiones no asumidas por la revista. Ello es evidente, sobre todo, con respecto a Lugones, pues el reverso de su combate al dominio español no es la unión continental, sino la autonomía de la Argentina –cultural, política y material–, incluso del resto de los países americanos.

15. Y “Libreamericanismo”, N° 25; de Lugones: “Los Indólatras”, N° 3, 1928, “El gran equivoco” N° 9, 1929 y “Tutela hispanoamericana” N° 17, 1929.

Y es que la articulación de Frank, Mariátegui, Lugones y Sanin Cano en *LVL* no se explica meramente por su eclecticismo. Se trata de voces eminentes que podían abonar una lucha en la que Glusberg estaba intensamente comprometido: el antihispanismo. Es enfatizando este aspecto que él responde a las objeciones que el semanario colombiano *Universidad* hace a *LVL* por publicar “dichos” de Lugones contrarios a la fraternidad continental.¹⁶ Asimismo, el propio Espinoza ordena el sentido en que deben leerse una serie de artículos aparecidos desde el inicio de la revista enmarcándolos en su lucha de independencia cultural de la exmetrópoli.¹⁷ Y en los números aniversarios se explicita como objetivo y labor perpetua de la publicación: “la prédica contra la farsa hispanoamericanista y racista”.¹⁸

16. “Una coincidencia”, N°12, 1929.

17. “España y América”, N°10, 1929.

18. “Nuestro aniversario”, N° 12, 1929.

Como puede observarse en esos textos, la lucha antihispanista se inscribe desde la perspectiva de Glusberg/Espinoza en un combate antirracista. Se niega en ellos la existencia de una supuesta raza hispana, a la vez que se afirma que si algo podía unir América a España ello era un lazo cultural, sin predominio ya de la antigua metrópoli, y “no el Día de la raza ni los ismos raciales de viejo o nuevo cuño” (op. cit., 23). Esta prédica lejos de limitarse a desmentir la idea de una raza latina o española, se extiende al concepto de raza biológico y, consecuentemente, a la idea de las naciones ligadas a linajes raciales. Hay en *LVL* una intensa “campana contra los racismos y el concepto uterino de “la raza” –no importa cual” (Espinoza, 1929).¹⁹ De allí que recupere en su alegato la famosa conferencia de Fernando Ortiz “Raza/cultura” y que llame “paparuchada” a “el científico sentido racial” (op. cit., 23).

19. Cabe mencionar que a pesar de ello, persisten en *LVL* lastres del lenguaje racialista, al punto tal que se usa “raza de cultura” para referirse a los judíos como etnia (NyN, N°6, 1928).

Si bien el combate antihispanista-antirracista se sostiene a lo largo de la revista, hay números en los que se organiza particularmente su sintaxis para darle preminencia. Así sucede en el número 25 (1930), donde la publicación de “La raza” de Lugones; “Doce de Octubre, fiesta” de Martínez Estrada, y “Libreamericanismo” de Sanin Cano, no dejan dudas sobre la oposición de la revista a la celebración del Día de la Raza. Por lo demás, el rechazo a esta fiesta es proclamado por Espinoza en su artículo “Sobre un discurso de Larreta”. Allí afirma que los jóvenes de *LVL* se oponen al “imperialismo “racial” español” y son conscientes de su deber de contribuir a formar una cultura americana en beneficio de toda la humanidad, una cultura que no podría partir de un concepto racial, pues solo en una armónica relación entre culturas se basaría la paz entre los hombres.

Estamos en el deber de elaborar un complemento americano que tendrá sus raíces en la cultura hispana, pero no en la raza española, que no existe ni ha existido nunca. [...]. Sabemos muy bien lo que puede producir el confinado prodigio de la cultura hispánica. [...]. En el orden puramente político, basta recordar qué es el racismo, en Alemania, Francia, Rusia o los Estados Unidos. Por lo pronto una fórmula argentina “América para la humanidad” supera ya la otra de “América para los americanos”. [...]. Esto no sería posible si hubiésemos hecho desde el principio una oscura cuestión de razas diciendo “América para la humanidad latino, ibero o hispanoamericana... El día de la Raza o quiere decir el día de la raza que se está formando en América o no quiere decir nada.

No es casual, más allá de la particular coyuntura del Día de la raza, que esta cristalización del tópico antihispanista coincida con la publicación en el mismo número 25 de una polémica entre Glusberg y Ortega y Gasset a raíz de la acusación a *La Revista de Occidente* por el uso de “América Hispana” en lugar de “América Latina” en la traducción de *The Rediscovery of America* de Frank.²⁰ En este debate se encuentra además el eco de otra importante arista del americanismo y el antihispanismo de *LVL* del que no nos ocupamos aquí: la preocupación por la creación de un mercado cultural americano independiente de los intereses de las editoriales, revistas y librerías europeas.

20. Cfr. “La Revista de Occidente y nosotros”, N° 25, 1930. Las críticas de Glusberg a Ortega y Gasset lo indispusieron con Frank, quien había autorizado la traducción, cfr. Tarcus (op. cit. 3: 213).

Ahora bien, el antihispanismo y el antirracismo a la vez que se encontraban en la base del americanismo defendido por Glusberg/Espinoza, eran dos núcleos ideológicos sobre los que se edificaba desde *LVL* el ideal de “una nación sin nacionalismo”. Se trata de una concepción de la nación que en lugar de fundamentar la constitución de su comunidad imaginaria en prístinos linajes culturales o raciales –sanguíneos o telúricos– de raíz esencialista, privilegia para ello el proyecto común de formación de una cultura diferencial desde el aporte de diversas tradiciones. En efecto, si la negación de la existencia de cualquier raza –sea ella española, latina, sajona o indígena– era condición para pensar una unión de ambas américas que incorporara, a la vez, la cultura occidental, también lo era para la defensa de un país que integrara las comunidades inmigratorias. De este modo, negaba dos de los fundamentos de las principales corrientes nacionalistas argentinas: el linaje español y el nativismo –ya fuera criollista o indigenista–. De allí que Espinoza declare que desde *LVL* no hacen nacionalismo ni americanismo de palabras indígenas, pero si tienen preocupación nacional y americana.²¹

21. “Trívio directivo”, N°23, 1930.

A semejanza del modo de constitución de la figura de Glusberg/Espinoza como promotor de la unión continental, hay una serie de prácticas organizativas y escriturarias que lo perfilan como el defensor de una Argentina sin exclusivismos étnico-raciales. La más notoria de estas prácticas reside en la organización en los primeros números de *LVL* de un debate en torno al nacionalismo en el cual no deja de iluminarse el rechazo de la Dirección a toda tendencia xenófoba y políticamente conservadora. En el primer número, Lugones defiende el patriotismo frente al nacionalismo “nacido al calor de la renovación de las persecuciones contra los judíos”.²² En el número 2, acorde con el espíritu democrático de la revista, se da voz a la respuesta crítica de Ernesto Palacio quien, representando a *La Nueva República*, sostiene que el nacionalismo es necesario para defender al país de la “escoria europea” y la democracia.²³ El hecho de que se publique en la misma página un texto de Sanin Cano señalando lo pernicioso y “anticristiano” de estigmatizar al extranjero, así como una nota de Espinoza titulada “Primera Exposición Nacional del Libro” que versa sobre este evento, en cuya organización participa un inmigrante como Glusberg, deja en claro la línea editorial. Cabe mencionar que otro hito significativo de este debate, “La barbarie antisemita” de Lugones en el número 7/8, generó duras notas contra Glusberg en *Criterio* y *La Nueva República* donde se lo tildó despectivamente de “judío inquieto” y “hombre sin patria”, y se acusó a *LVL* de ser “una agencia...de los soñadores del gueto” que usufructuaba de un nacionalista como Lugones “como Judá se aprovecha de todo” (cfr. Metz, 1992: 128).

22. “El nacionalismo”, N° 1, 1928.

23. “Nuestro nacionalismo”, N° 2, 1928.

Como en el caso del antihispanismo, esta problemática también es destacada en la organización de la sintaxis de un número coincidente con la celebración del Día de la Raza. Se trata esta vez del número 15 de 1929. El principio organizador de sus textos centrales yace en la inexistencia de una raza argentina acabada. Ejemplo de ello son “La fiesta de la raza” de Lugones y “El crisol” de Quiroga que defienden la tesis de la formación de una “nueva raza argentina” desde el aporte de diferentes tradiciones culturales y “llamando a los hombres del mundo”. Apoyando estas ideas, desde Notas y notabilidades, se lanzan irónicas burlas a los festejos del 12 de Octubre.

24. NyN, N° 6, 1928.

25. Y NyN, N° 7/8, 1928.

26. “La retórica rizada”, N° 21, 1930.

Glusberg, en tanto director de la revista, proclama la cruzada contra toda ideología xenófoba y exclusivista al referirse a “nuestra campaña de independencia espiritual y contra las exageraciones nacionalista”.²⁴ Pero además, su defensa de una nación sin nacionalismo se pone en juego en las polémicas que desde *LVL* entabla cuando percibe que la libertad cultural del país es amenazada por avances de una ideología católica sectaria. Así, por ejemplo, acusa a los miembros del “semanario clerical y nacionalista” *La Nueva República* de intentar servilmente tocar la puerta a los poderosos (op. cit., 33),²⁵ y critica en estos duros términos “el llamado al orden” de los exmartinierristas: “esa juventud [...] que después de formar un comité Yrigoyenista ha acabado por hacerse neocatólica y “socialista independiente”, ya que entre *Criterio* y *Crítica* no hay incompatibilidades, a mí solo me produce el más profundo repudio”.²⁶

27. “De las academias”, N° 3/34, 1931; “Premio Nobel”, N° 4/35, 1931.

28. “Biblioteca nacional”, N° 4/35, 1931.

Siguiendo la misma línea, objeta la intromisión del criterio religioso para la selección de los ganadores de los premios municipales (op. cit., 35). Denuncia la formación de la Academia Argentina de Letras por ser una institución conservadora nacida por un decreto del general Uriburu y a instancias del “escritor nacionalista, reaccionario y neocatólico”, Manuel Gálvez.²⁷ Y se opone a la designación para el cargo de la Biblioteca Nacional de Hugo Wast (pseudónimo de Martínez de subiría, autor de las novelas antisemitas *Oro* y *El kahal*). En una breve nota Glusberg vuelve su “nombra-miento telegráfico” un síntoma claro del avance del autoritarismo y el antisemitismo en las instituciones estatales, por ello exclama alertando: “esperamos que el nombramiento de Martínez Zuviría sea por muy poco tiempo, hasta la vuelta a la normalidad intelectual que el país necesita tanto o más que la otra”.²⁸

29. Y “Este número”, N° 18, 1930.

Frente a los recelos hacia el extranjero y el incremento de una ideología nacionalista excluyente, Glusberg/Espinoza, un inmigrante judío que no oculta su condición de tal, destaca sus iniciativas como importantes aportes para la construcción de la vida literaria argentina, al punto tal que él mismo se vuelve la encarnación de la figura del inmigrante edificador de la cultura nacional. En diversas notas se pone en primer plano su contribución para mejorar, sin fines de lucro, la calidad de las ediciones en el país, tanto en su aspecto material como literario, sus sacrificios para sostener desinteresadamente una publicación como *LVL*, su aporte para la consumación de la Primera Feria Nacional del Libro, así como para la creación de la Sociedad Argentina de Escritores, de la que fue tesorero (cfr. Glusberg, 1929).²⁹ Con motivo del tercer aniversario de *LVL*, se publica un resumen de lo realizado en el cual, detrás del plural retórico, resulta evidente el reclamo de reconocimiento por la contribución a la profesionalización y el desarrollo libre del ambiente literario e intelectual del país:

Hemos comenzado por combatir el más difundido de los dogmas: el del hispanoamericanismo [...]. Hemos combatido igualmente el nacionalismo de tipo francés, importado casi a nuestra salida, porque comprendimos, antes de que lo postulara el filósofo español, que “el nacionalismo es siempre un impulso de dirección opuesto al principio nacionalizador”. De ahí que fueran los directores de *La Vida Literaria* y no otros quienes organizaran la Primera Exposición Nacional del Libro y el

reconocimiento en ella de la obra argentina de Guillermo Enrique Hudson. Fue también la dirección de *La vida Literaria* la que constituyó la Sociedad Argentina de Escritores y preparó el viaje de Waldo Frank a nuestro país.³⁰

30. NyN, N° 1/32, 1931.

La lucha por una nación integrada, de signo opuesto al “importado nacionalismo francés”, es sostenida por Glusberg en *LVL* también como escritor y crítico. En el número 32 se publica el cuento “Y ella bajo conmigo” firmado por Espinoza. En él se desliza una sutil ironía sobre la pretensión de un sector de la aristocracia argentina de descender de un linaje castizo puro cuando el narrador fantasea con los ricos tenderos judíos que pululaban por la Recova porteña a principios del siglo XIX y convivían mixturándose, ya desde los albores de la independencia, con los “criollos de vieja cepa española”. En cuanto a su rol de crítico es destacable su artículo sobre el libro de Capdevilla “El castellano y Babel”. Allí Glusberg ataca la concepción purista de la lengua que concibe como “corrupciones” el contacto con el habla popular y las lenguas de inmigración. El casticismo defendido por Capdevilla es visto como un correlato de “la conquista gramatiquera de la Península” y, tácitamente, como un principio de exclusión del extranjero. Contra ello, Glusberg sostiene una concepción de la lengua común que, oponiéndose a criterios externos a su comunidad de uso, comprende su desarrollando en el diálogo con las lenguas de inmigración: “para conservar el castellano en América necesitamos antes que la colaboración de la Academia, la de BABEL... y esto según la profética estrofa de Darío en su *Canto a la Argentina*: aquí se confunde el tropel/ de los que al infinito tienden / y se edifica la Babel/ en donde todos se comprenden”.³¹

31. “Babel y el castellano de Arturo Capdevilla”, N° 5, 1928.

Tal concepción celebratoria del plurilingüismo en la lengua nacional, acorde con la defensa de una nación integrada, ofrece una clave del alejamiento de Glusberg del grupo de *Martín Fierro* a pesar del americanismo y el antihispanismo que este periódico había manifestado en su conflicto con *La Gaceta Literaria*. El americanismo antihispanista de *Martín Fierro* se conjugaba con un nacionalismo lingüístico que únicamente como arma argumentativa contra la tutela de la Madre Patria hacía gala de la mezcla de acentos inmigratorios, marginando luego a la “pronuncia exótica” de quienes no podían ostentar un pasado criollo (García del Cedro, 2009). En cambio, el americanismo antihispanista que Glusberg defendía abonaba tanto la idea de una cultura continental como nacional formada en el diálogo y la fusión entre tradiciones diversas provenientes de Norteamérica, de Occidente, y de Oriente a través tanto de la alta cultura como del aluvión inmigratorio.

El proyecto de una nación sin nacionalismo confluía en *LVL* no solo con la promoción de una lengua americana y argentina exenta de normas de valor ajenas a su uso, fueran ellas castizas o rioplatenses, sino también con el desarrollo de una concepción de la literatura nacional que integrara jubilosamente los aportes babélicos. En efecto, Glusberg no abandona la idea de una literatura argentina, a la cual se refiere en términos nacionales, y se preocupa seriamente por su enriquecimiento y difusión. Pero en correlación con su rechazo a estrechos nacionalismos, la concepción que de ella puede encontrarse en sus escritos y campañas reside en lo que damos en llamar una “literatura nacional babélica”. Se trata de una literatura que se reconoce y se proyecta conformada por el aporte de diversas tradiciones que desbordan lo patrimonial, por diálogos interculturales permanentes y la integración de autores de origen inmigratorio.³²

32. La concepción de la “literatura nacional babélica” en Samuel Glusberg es parte de una investigación doctoral en curso.

No casualmente en las reseñas a cargo de Glusberg/Espinoza se enfatiza positivamente el origen híbrido de escritores tales como los “franco-argentinos” Joseph Kessel y Paul Groussac, o el judeo-argentino Alberto Gerchunoff.³³ En esta serie de autores con guión ocupa un lugar singular el anglo-argentino Enrique Hudson debido a la significación simbólica y fundante que se le otorga respecto de la literatura argentina.

33. Cfr. “La estepa roja por Kessel”, N° 4, 1928; NYN, N° 1, 1928; “Enrique Heine poeta de nuestra intimidad de Alberto Gerchunoff”, N° 21, 1930.

Glusberg lleva a cabo una verdadera “campana-Hudson” a través de un conjunto de estrategias diseñadas para el reconocimiento de este autor como escritor nacional de primer orden. En el III aniversario de la revista, esta campana se asume abiertamente como uno de los emprendimientos iniciales de *LVL*.³⁴ De hecho, ya en el N° 2 se informa que la Junta Ejecutiva de la 1era Exposición Nacional del Libro, de la cual formaba parte el mismo Glusberg, “ha resuelto hacer un justiciero reconocimiento a Hudson” por sus cuentos y novelas pampeanos.³⁵ Se erige así como uno de los impulsores centrales de dicho homenaje, encargado además de la difusión del evento y de su obra. Y ello no solo en el ámbito local, ya que, como se jacta en “De la nueva narrativa”, él le ha recomendado a Frank el relato “El ombú” para su antología sobre cuentistas argentinos.

34. NyN, N°1 /32, 1931.

35. NyN, N°2, 1928.

36. El estudio titulado “Guillermo Enrique Hudson” se publica en los números 1/32, 2/33 y 3/34 de 1931, con la coda: “El mensaje de Hudson” en el N° 4/35 del mismo año.

37. NyN, N°2/33, 1931.

Pocos años después, se abre el N° 29 de 1931 con la breve nota “Los príncipes de la novela criolla en nuestro país” como introducción a un relato de Hudson y otro de Cuningham Graham. Se recuerda allí aquel primer homenaje enfatizando el rol precursor de “los directores de La vida Literaria” en su reconocimiento como escritor nacional y continuando en esta línea se argentiniza completamente su nombre: Enrique Guillermo. A estos hitos de la campana-Hudson se sumará la publicación durante cuatro números consecutivos de un extenso estudio sobre su obra realizado, a pedido de Glusberg, por Ana María Benito. En él se posiciona al autor como un eslabón entre la gauchesca en verso de mediados de siglo XIX y la gauchesca en prosa contemporánea.³⁶ Glusberg refuerza este lugar fundamental que se le da en la expresión literaria de tipos y paisajes de la pampa al señalarlo, junto con Payró, como uno de los precursores de la novela nacional.³⁷

Colocar a Hudson como piedra angular de la formación de la literatura argentina implicaba una serie de presupuestos que desbarataban toda concepción esencialista sobre ella. Si el hijo de inmigrantes norteamericanos que escribía en inglés era uno de los padres de la literatura nacional no cabía ya cimentar sus raíces ni en un linaje autoral de pura cepa criolla, ni en la pureza castiza de la lengua, dos pilares del nacionalismo cultural del Primer Centenario que tenía aún proyecciones en el campo literario e intelectual. El espíritu universal y, a la vez, profundamente pampeano del escritor anglo-argentino lograba conjugar en su propia biografía y en su obra el cosmopolitismo cultural y el criollismo, por eso su figura condensaba la idea de una literatura nacional babélica que siendo híbrida exaltara lo criollo. Incluso más: al colocar a Hudson en tanto pilar de la literatura argentina no solo se señala como fundamental en ella “el espíritu criollo” vinculándola en el mismo gesto a una ascendencia migratoria, sino que se enfatiza lo migratorio como parte del nacimiento mismo de dicho espíritu, volviendo, por tanto, inherente a la realización y desarrollo de la literatura nacional las hibridaciones lingüístico-culturales.³⁸

38. La campana-Hudson se continúa en la labor posterior de Glusberg. *Trapalada* (1932) se pone bajo su advocación. En *Trinchera* (1932) se publica “Homenaje escolar a Hudson”. Y *En Tres clásicos ingleses de la pampa* (1951) se lo estudia como expresión de lo criollo. Ello sin contar su fructificación en otros autores como Martínez Estrada.

En consonancia con la exaltación de Hudson, Glusberg/Espinoza aboga desde *LVL* por una literatura nacional con espíritu criollo pero exenta de regionalismo artificioso y patriotismo nativista. Se pronuncia en contra del criollismo que se vuelve “gauchofilia” excluyente, pintoresquismo vano o simple reproducción mecánica de la parla gauchesca. De allí la decisión de publicar por BABEL *Los Poemas solariegos* de Lugones, anunciados en *LVL* como “un libro ejemplar, medularmente argentino; pero sin gauchismos ni criollidades de ningún género, y castizo sin casticismos...” (op. cit., 46). De allí también las recomendaciones para *Tales from Argentina* de Sarmiento, Payró, Lugones, Quiroga y Güiraldes.

Ahora bien, junto a Hudson, Glusberg pondera como otro gran padre fundador de la literatura nacional a Domingo F. Sarmiento. Ambos serían fundamentales en el desarrollo de una lengua literaria expresiva de la singularidad argentina sin artificios ni espíritu sectario. Tal es la admiración, que *LVL* es puesta bajo su “senda luminosa”

(cfr. Espinoza, 1928).³⁹ Dos aspectos precisos del pensamiento sarmientino son reivindicados por Espinoza: la afirmación de la independencia lingüístico-cultural americana y la convicción de lo fructífero de las relaciones entre ambas Américas.⁴⁰ De este modo, si Hudson como pilar de la literatura argentina instauraba la mezcla cultural en sus orígenes, la figura de Sarmiento garantizaba la ruptura con toda concepción hispanista de las letras nacionales, a la vez que su americanismo abría la puerta de conexión con el resto del continente.⁴¹

El permanente desarrollo en el diálogo con las letras de otras latitudes es un aspecto fundamental que subyace a la concepción babélica. La literatura argentina se asume como una instancia que, a la vez que expresa particularidades nacionales, es espacio y medio de conexión con el resto del mundo. Así, por una parte, si lo criollo manifiesta inflexiones argentinas propias, es también para Glusberg una dimensión que la vincula con otros países de América. Es por su criollismo exento de “retórica euríndica”, “indolatrismo folklorudo” y “criollismo guarango” que se festeja “El testimonio de Juan Peña” de Alfonso Reyes como un patrón a seguir.⁴² Por otra parte, hay un esfuerzo por promover el conocimiento de autores extranjeros no americanos cuya forma de ser escritor y hacer literatura serviría como modelo productivo-creativo para el ámbito local. Tal es el caso de Heine y Turgueniev, ejemplos de construcción de una obra que afirma valores universales a la vez que pondera lo patrimonial y de universalización de la propia literatura. En una actitud babélica por excelencia, ellos abren su pluma a otras tradiciones y demuestran en sus propias afinidades electivas lo innecesario de pertenecer a una supuesta raza para identificarse con su cultura. Contra todos los presupuestos del racismo y el hispanismo esencialista, Heine y Turgueniev, nos recuerda Glusberg, entendieron a Cervantes mejor que ningún español (cfr. Espinoza, 1929).⁴³

Glusberg mismo, un inmigrante ruso-judío, en sus textos y campañas de *LVL* mostraba comprender las necesidades y potencialidades de la cultura argentina y americana, y trabajaba, de este modo, por la elaboración de una literatura nacional babélica, en la cual, escritores e intelectuales de identidades transculturadas, como él mismo, podrían encontrar su legítimo espacio.

Reflexiones finales

La imagen múltiple de Glusberg/Espinoza en *LVL* como organizador y promotor de un programa americanista, defensor de una nación sin nacionalismo y adalid de una literatura nacional babélica emerge de un conjunto de prácticas escriturarias y organizativas transversales a sus roles de director, articulista, escritor y editor. Estas auto-figuraciones se complementan entre sí y se estructuran sobre los mismos núcleos ideológicos.

En efecto, la prédica americanista de Glusberg no oblitera su preocupación por el desarrollo específico de la cultura argentina. Hay un interés en que ella se desenvuelva sobre los mismos pilares de la campaña continental: antirracismo, antihispanismo, diálogo intercultural y antiesencialismo. Estos núcleos ideológicos sostienen y dan coherencia a las campañas culturales de Glusberg/Espinoza en *LVL* a ambos niveles, teniendo en cada plano implicaciones específicas pero convergentes. A nivel continental conllevaban a la independencia cultural de España y permitían pensar en una unidad que integrara a la “América latina” y la “América sajona”. A nivel nacional, fundamentaban la independencia cultural de la exmetrópoli, pero además jaqueaban las ideologías nacionalistas que jerarquizaban a las elites criollas en el orden socio-cultural y abonaban el desprecio xenófobo hacia quienes no portaban las credenciales de una genealogía hispánico-católica-colonial, haciendo posible así pensar una nación y una cultura argentinas que integraran diversas tradiciones y comunidades inmigratorias.

39. Y “Victoria Ocampo dirigirá una gran revista americana”, N° 22, 1930.

40. En la sección “Revista de revistas” del N° 28 (1931) se reproducen tres artículos sobre Sarmiento que versaban sobre estas temáticas.

41. El díptico Hudson/Sarmiento será completado en *El espíritu criollo* (1951) con la figura de José Hernández.

42. “Bibliografía por Enrique Espinoza”, N° 28, 1931

43. “Turgueniev’s Au Revoir in América”, N° 22, 1930, y “Sobre un discurso de Larreta”, N° 25, 1930.

Glusberg ensalza en *LVL* aquellas figuras que sirven de estandarte para estas campañas enfatizando los aspectos de sus idearios funcionales a ellas. Notamos el caso de Frank, Mariátegui, y Hudson, pero también el de Sarmiento y Lugones. En estos últimos, cabe mencionar que aun cuando ellos fueran rescatados especialmente por la excelencia de su escritura y su antihispanismo, la concepción de “civilización y barbarie” en la pluma de Sarmiento, y las vetas autoritarias del pensamiento de Lugones, no deja libre de contradicciones la admiración de sus figuras en el marco de un proyecto inclusivo como el de Glusberg.

Este espíritu integrador se expresa en todas las caras de su imagen multifacética, incluso más allá de *LVL*. En sus libros de cuentos *La levita gris* (1924) y *Ruth y Noemí* (1934), en su *Revista de Oriente y Occidente* (1927) y en el volumen de ensayos *Trinchera* (1932) se reitera la preocupación por la relación entre culturas diversas para la constitución de comunidades fraternales. Hay en estos libros y revistas, como en *LVL*, un empeño por promover el acercamiento entre “pueblos de idioma y formación desigual”: entre ambas américas, entre Oriente y Occidente, y entre argentinos e inmigrantes judíos; un empeño que aguarda aun un futuro análisis sistemático.

Fuente

- » Glusberg, S. (1928-1932). *La vida literaria. Crítica información bibliografía*, n. 1 jul. 1928- n. 42 jul. 1932. Buenos Aires. Consultada en el Archivo Glusberg perteneciente al Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CEDINCI).

Bibliografía

- » Beigel, F. (2006). *La epopeya de una generación y una revista. Las redes editoriales de José Carlos Mariátegui en América Latina*. Buenos Aires: Biblos.
- » Delgado, V. (2014). “Algunas cuestiones críticas y metodológicas en relación con el estudio de revistas”, en Verónica Delgado, Geraldine Rogers (coords.) *Tramas impresas. Publicaciones periódicas argentinas (XIX-XX)*. La Plata: UNLP.
- » Delgado, V. y Espósito, F. (2014). “La emergencia del editor moderno”; en José L. De Diego (dir.) *Editores y políticas editoriales en Argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- » de Lugones: “Los Indólatras”, N° 3, 1928, “El gran equivoco” N° 9, 1929 y “Tutela hispanoamericana” N° 17, 1929.
- » Di Miro, M. (2017). “Una presencia ausente: el ídish en ‘Horacio Quiroga, mi padre’ y ‘Dos cartas y un epígrafe’ de Samuel Glusberg”. *Chasqui. Revista de Literatura Latinoamericana. Estados Unidos*. Vol. 46, N° 1. Arizona.
- » Espinoza, E. (1928). “Páginas de Groussac”, N° 3.
- » Espinoza, E. (1929). “Sobre Simbad de Capdevilla”, N° 11.
- » Espinoza, E. (1929). “Turgueniev y Nuestro idioma”, N° 12.
- » Espinoza, E. (1932). *Trinchera*. Buenos Aires: Babel.
- » Ferreti, P. y Fuentes, L. (2015). “Los proyectos culturales de Samuel Glusberg. Aportes a la historia de la edición independiente en la primera mitad del siglo xx latinoamericano”. *Andamios. Revista de Investigación Social*; v. 12, n. 29. UNAM, sept.-dic., 183-206.
- » Ferreti, P. y Fuentes, L. (2015). “Presentación de Enrique Espinoza”. *Revista Pensamiento Político*; n. 6, s/d.
- » Frank, W. (1930). “Una palabra sobre Mariátegui”, N° 21.
- » García Cedro, G. (2009). “A propósito de la polémica: Madrid, meridiano intelectual de América Latina” en Gabriela García Cedro y Susana Santos (Eds.). *Arte Revolución y Decadencia. Revistas vanguardistas en América Latina (1924-1931)*. Buenos Aires: FFYL, UBA.
- » Glusberg, S. (1929). “Un hombre libre, José Carlos Mariátegui”, N° 17.
- » Glusberg, S. (1930). “El año editorial de 1929”, N° 17, 1929; y “Este número”, N° 18.
- » Glusberg, S. (1932). “Cómo conocí al Maestro”, N° 41.
- » Metz, A. (1992). *Leopoldo Lugones y los judíos*. Buenos Aires: Milá.
- » Mizraje, M. G. (2010). “Un talmudista entre evangelios. A propósito de Samuel Glusberg, ‘La Levita gris’ y otros textos”. *Chasqui, revista de literatura latinoamericana*, Vol. 39, N° 2. Arizona, Noviembre.
- » Mosqueda, A. (2014). “Los editores como promotores culturales en la primera mitad del siglo xx. Samuel Glusberg y la Primera Exposición Nacional del Libro de 1928”. *Actas del XVIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*. Buenos Aires: s/d.

- » NyN y Mariátegui, J. C. (1929). “*Rahaba* de Waldo Frank”, N° 14.
- » Pluet-Despatin, J. (1999). “Une contribution a l’histoire des intellectuels: les revues”. *Les cahiers de L’IHTP*; n°20, 125-136.
- » *Revista de avance* (1929). en *Revista de revistas*, N° 12.
- » Sanín Cano, B. (1928). “Un estado de espíritu continental”, N° 7/8.
- » Sarlo, B. (1991). “Intelectuales y revistas: razones de una práctica”. *América: Cahiers du CRICCAL*, n° 9. Lugar: 9-16.
- » Sitman, R. (2015). “(Re) Discovering America in Buenos Aires: The Cultural Entrepreneurship of Waldo Frank, Samuel Glusberg and Vistoria Ocampo. *Pléyade*. N. 15. Enero-Junio.
- » Tarcus, H. (2002). *Mariátegui en la Argentina: o las políticas culturales de Samuel Glusberg*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto.
- » Tarcus, T. (s/f). “Babel Revista de arte y critica (1921-1951)”. *Lote*; n°7. S/d.
- » Zum Felde, A. (1929). “El caso de Horacio Quiroga”, N° 10.